

"Vuelve a sonreír, al recordar París"

Ana Marco Salamero

Amaneció como cualquier día en la ciudad de París. Daniel se despertaba por el tráfico que invadía las calles a tan tempranas horas. Se preparaba para comenzar la jornada en la redacción de la revista en la que trabajaba desde hace ya cuatro años, que era un emigrante español. Casualmente, y por inercia del destino, aquella mañana y sin saber por qué, diez minutos antes de lo habitual y previsto, estaba preparado. Entonces, Daniel decidió ir andando a las oficinas en vez de esperar al autobús que a las ocho y veintisiete de la mañana hacía parada en la misma calle en la que vivía. Disfrutó de los maravillosos paisajes de los jardines Villemin, con los pájaros entonando diferentes aunque acompasados silbidos, el rumor del viento sobre las hojas de las otoñales copas de los árboles y el delicado susurro del agua cayendo por la pequeña cascada en el centro del lugar. Después de todo el tiempo que Daniel llevaba ahí, nunca había vivido la misteriosa ciudad de esa manera. Nunca como un lugar mágico, a cualquier minuto o segundo de cualquier día, de cualquier año. Acabó el fantástico paseo por el paisaje natural y, se adentró en otro más urbano. El olor a una hornada reciente por la panadería Saint-Louis, la humedad del ambiente que calaba en su cuerpo tras una intensa noche de llovizna y el sonido del acordeón que amenizaba el día. Cruzó el canal Saint-Martin y se adentró en otra parte de la ciudad. Finalmente llegó a su destino en apenas catorce minutos, incluso antes de lo esperado. Sintiéndose a gusto consigo mismo y disfrutando de la genuina atmósfera que se había creado a su alrededor, se propuso seguir siempre esta ruta. Repitió y repitió este proceso durante nueve días y el décimo, ocurriría algo que nadie, ni él mismo esperaba.

Daniel contaba con quince minutos extra aquella mañana y, decidió tomar otro camino diferente para explorar París y descubrir su encanto más temprano. Al alcanzar la calle Lucien Sampaix en su trayecto, del portal número doce, salió de manera inesperada y repentina una chica de belleza inexplicable. Su pelo, de color claro, de forma ondulada y rebelde. Sus ojos azules le hipnotizaron y captaron su atención de tal manera que

penetraron en su memoria y nunca podría olvidarlos. Sus facciones eran perfectas. Parecía frágil y delicada, como una muñeca de porcelana. Sus miradas se cruzaron. Él quedó parado y sin reaccionar durante dos largos e intensos minutos y, ella, apresurada, cogió un taxi con rapidez que desaparecería en la lejanía. Daniel quedó prendado y se propuso seguir siempre la ruta más larga que había realizado hasta el momento. A la mañana siguiente salió a las ocho y siete minutos de su casa para provocar el fortuito encuentro. Pero al llegar a su calle los nervios le invadieron, sus manos sudorosas y los gestos involuntarios le delataban. Ella no apareció. Fue capricho del destino que la alarma del reloj de Elise no sonase y despertara ocho minutos más tarde aquella mañana. El tiempo transcurrió y, durante cinco días y, siguiendo la misma ruta, Daniel madrugaba para poder encontrarse con ella e invitarla a un café en el establecimiento de la esquina.

Los días pasaban y, de siete, sólo la encontró uno y no supo reunir el valor suficiente para hablarle. Se quedaba paralizado cuando la veía y era incapaz de articular palabra. Así que si no podía hablar, escribiría. Preparó una nota muy emotiva en la que explicaba todo lo que pasaba por su mente cada vez que la veía. Le propuso verse a las cinco de la tarde del sábado de la misma semana en el quiosco de los jardines Villemin. Envolvió la carta con una cinta roja y la perfumó de manera delicada. La acompañó de una rosa blanca y adjuntó unas líneas en las que indicaba que él la esperaría con otra flor similar en la cita.

Una mañana, decidido y con brío, colocó todo en el mismo portal del que la vio salir aquel día de noviembre. Un vecino despistado del mismo bloque, no se percató y pisó con fuerza el presente para Elise. Dos minutos después, un barrendero adormilado que limpiaba la calle, recogió lo que creía que era basura, del portal número doce. Tan solo cinco minutos más temprano que ella se hubiera levantado hubiesen bastado para que el mensaje fuese recibido... Pero desgraciadamente no fue así...

El sábado veintiuno, Daniel se llevó una gran decepción. Esperó durante casi una hora con una radiante sonrisa y una rosa que se marchitaba minuto a minuto. Finalmente, decidió irse. Tiró la flor al suelo, la pisó con resignación y abandonó el lugar. El camino de regreso a su hogar dio mucho en lo que pensar. En parte encontraba obvio que ella no se hubiese presentado. ¿Qué chica accedería a pasar una tarde a solas con un desconocido? Sintió vergüenza de sí mismo y decidió volver a su rutina. ¿Qué más podía hacer? Pensó en utilizar las redes sociales, pero... ¿A quién iba a engañar? No sabía ni su nombre...

El lunes, Daniel ni se planteó andar. Volvió a coger el autobús número ochenta y tres a las ocho y veintisiete de la mañana. Cabizbajo y con expresión triste y seria, no dejaba de pensar en lo ocurrido, pues le atormentaba por dentro.

Elise también estaba triste, preocupada por él. Frustrada por su ignorancia y desconocimiento. Los tres días que se encontraron Elise estaba emocionada, se sentía feliz y animada. Y todo esto sin haber intercambiado una palabra. Sólo habían sido tres encuentros de apenas treinta segundos cada uno, pero ambos sentían que estaban hechos el uno para el otro. Necesitaban hablar. Necesitaban verse. Se necesitaban.

Dos semanas después, sucedió algo que ninguno de los dos esperaba. El autobús número ochenta y tres se averió a las ocho y cinco de la mañana. Por ello, el número treinta y dos tuvo que cubrir esa zona de la ruta hasta la calle Lucien Sampaix, pero esto, Daniel no lo sabía.

Aturdido y, una vez dentro del autobús preguntó qué era lo que ocurría y, todavía avergonzado por lo pasado hace casi un mes, intentó bajarse. Pero era demasiado tarde. Justo en el momento en que se abrían las puertas del vehículo, enfrente del portal número ocho, del doce salía ella. Él se apresuró y, en un trozo de papel que encontró, escribió un corto mensaje: “ El destino nos ha unido. Deseo verte. 555 346 792. Daniel. ”

Rápidamente construyó un intento de avión de papel y lo lanzó antes de que las puertas se cerraran. El papel cayó a los pies de Elise, pero ella no le dio importancia, pues no vio desde donde procedía. Pensaría que era un folleto publicitario o, quizás incluso un envoltorio de cualquier alimento que alguien irrespetuoso había tirado al suelo y, por inercia del viento, había llegado hasta ahí.

Tarde tras tarde, Daniel permanecía en casa. Horneaba un pastel y tenía café preparado, por si ella se decidía a llamarle. Tras una semana desesperó. ¡Cómo era tan ingenuo! Se propuso encontrar a alguien, alguien que fuera capaz de distraerle, alguien que le quitara a esa chica de la cabeza, realmente necesitaba a alguien que la sustituyese.

Pasaron días y días, él había perdido la cuenta del tiempo que hacía que no la veía, pero increíblemente no lograba olvidarla. Elise, al mismo tiempo vivía ajena a todo esto, ella había olvidado a Daniel, como por otra parte era normal. Ella era realista. Él era idealista. En el fondo y aunque no lo supieran, eran perfectos el uno para el otro. Eran almas gemelas.

Un par de meses después Daniel lo consiguió. Conoció a Amandine, una chica del apartado de marketing de las oficinas. Ambos eran aventureros, creativos, divertidos... Su relación era ideal. Pasaron unas estupendas vacaciones en Baqueira, disfrutaron de su nieve y su entorno. Todos los viernes cenaban en el mismo restaurante mexicano; "Chido", que tantos buenos recuerdos les traía. Hacían talleres de restauración de muebles, acudían a clases de alemán juntos. Eran espíritus muy inquietos y contemporáneos. Daniel solo tenía un leve recuerdo de Elise, que día a día se difuminaba más en su mente.

Una tarde lluviosa en la capital francesa, salieron a pasear, pero enseguida Amandine se sintió mal y tuvieron que regresar al apartamento. La humedad y el poco abrigo eran la combinación perfecta para enfermar. Estuvo cinco días con tos, fiebre y dolor, que

impidieron que fuese a trabajar. Por las tardes, Daniel daba paseos solitarios por el parque al que solía ir con ella para recordar buenos momentos, para inspirarse cuando se bloqueaba, para relajarse después de jornadas realmente duras, para leer, para pensar. Para desconectar del mundo y conectar consigo mismo. Una tarde llevó con él unas cartas que le fueron enviadas desde España por su familia y sentado en un banco las leía emocionado, estaba absorto y cuando se dio cuenta de la hora, salió corriendo. Era demasiado tarde. Amandine estaría preocupada. Y se fue sin acordarse de los papeles con los que había venido, olvidándolos en un banco frente al estanque. Tuvo suerte, pues apenas veinte minutos después alguien las recogió. Efectivamente, Elise las recogió.

Ella es una gran admiradora del mundo del deporte y, todos los días, independientemente del tiempo y el lugar, practica algo de actividad física. Aquel día, salió a correr. Le llamó la atención que en medio de la sombría tarde de invierno y en ese conocido lugar, hubiese documentos sin dueño. Fue a su casa y los leyó. Estaban escritos en español. Con sus conocimientos básicos, ayuda de un diccionario y el traductor, consiguió entenderlos. Poco después de acabar se convenció a sí misma para armarse de valor y visitar al destinatario; Daniel Gutiérrez Latorre.

Él tampoco echó en falta los documentos, eran cartas. Tan solo eran cartas.

El día treinta de enero sucedió. Por fin sucedió. Ambos recordarán siempre ese día. A las cinco menos veinte de la tarde, a falta de poco menos de una hora para que Amandine regresara del trabajo, Elise decidida llamó a la puerta. Daniel algo perezoso se levantó del sofá donde trabajaba con el ordenador y abrió. De la sorpresa, Daniel incrédulo no habló y las cartas resbalaron de los frágiles dedos de Elise. Ambos las recogieron del suelo. Sin preguntar por qué ella estaba ahí la invitó a pasar, pues en el fondo era como si ya se conociesen. Ambos experimentaron la ridícula sensación de enamorarse de

alguien al que apenas has visto, apreciar atracción y el sentimiento inocente, de un amor puro y sincero que sentían mutuamente.

Él le ofreció un café, tras degustarlo, abandonaron la casa para dar un paseo juntos por el parque. Hablaron y hablaron durante casi dos horas y media en las que se conocieron profundamente. Rieron y, por supuesto, Daniel no explicó los intentos de contacto que había tenido anteriormente hacia ella. Contaron, comentaron sus historias y ella explicó cómo sus cartas habían llegado hasta ahí. Tendieron redes amistosas, fue increíble la manera en que se llevaban. Era como si el tiempo se hubiese detenido. Fue una tarde mágica e indescriptible pues, está más que demostrado, que los mejores momentos ocurren cuando no son planeados. Cada sábado desde entonces, se reservaban dos horas para ellos mismos y las invertían en lo que les apetecía en ese momento. Ir al cine, pasear, cenar... Eso sí, eran amigos... Sólo amigos...

Parece que cuando las cosas empiezan a alinearse, tiene que llegar una circunstancia que cambie el rumbo de nuestros planes y nos haga adaptarnos a ella.

La jefatura de la revista ofreció a Daniel un puesto en las oficinas de Barcelona ya que consideró reorganizar a sus empleados cerca de los lugares de origen. Era la oportunidad de regresar, la que había estado tanto tiempo esperando. Tan solo a veinte minutos de L'Hospitalet de Llobregat. Tenía un plazo máximo de cuarenta y ocho horas para responder a la propuesta de la empresa, pero estaba claro que la decisión no dependía sólo de él. ¿Qué pasaría con la vida que había forjado en torno a esta maravillosa ciudad? Sería decir adiós a muchas experiencias, la despedida a personas que jamás olvidaría y a lugares que lo eran todo para él.

Ni siquiera tenía decidido a quién comunicaría primero la noticia. Amandine creció y vivió toda su infancia en Toulouse, así que posiblemente su puesto permanecería en Francia. Sería duro renunciar al proyecto de pareja que habían planeado juntos, pero

sería todavía más duro renunciar a su proyecto de vida, al avance de su carrera profesional, a todo aquello por lo que había luchado desde pequeño.

Instintivamente decidió contarle todo a una persona ajena a la situación. Una persona que apareció en su vida de forma inesperada, pero que entraba y salía de ella constantemente.

Dani llamó a Elise. Emocionado le comunicó todo. No pudo contener las lágrimas. Ella permaneció callada. Solo podía acariciarle el brazo y adaptar muecas que inspiraran confianza. No sabía qué recomendarle. No podía imaginarse la situación, pues ella nunca se había encontrado en una parecida. Charlaron y charlaron durante horas, aunque inútilmente, pues Daniel llegó al apartamento con las mismas dudas y preocupaciones que al principio.

En ningún momento quiso decirle nada a Amandine, pues habría más de un alma entristecida entonces.

Aquella noche no durmió, pues sus pensamientos estaban demasiado ocupados para descansar. Finalmente, decidió partir.

Hablar con Amandine resultaría demasiado duro para ambos, así que decidió escribir una carta. No soportaría verla entristecida, habían sido tantos buenos momentos y, al despedirse de ella, se despediría también de ellos.

Con el mayor tacto posible redactó una nota que cerró con un brillante sobre dorado.

Se dispuso a encontrar cajas para empaquetar y empezó a hacerse el equipaje. Cuando Amandine llegó a casa, la situación era indescriptible. Los embalajes y diversos objetos ya preparados para el viaje inundaban todas las salas. Atónita, intentó articular palabra, aunque le resultó imposible.



Él apareció en medio del desorden y mientras la abrazaba le entregó la carta.

Ninguno podía creer lo que estaba sucediendo, pero increíblemente era real.

Los empleados de la empresa de mudanzas no tardaron en llegar y recoger todo. Daniel se despidió finalmente y allí, dejó atrás su pasado de carácter francés.

El vuelo hacia “El Prat” fue más que eso, fue el vuelo hacia casa. Fue el reencuentro.

Aquellos instantes dieron mucho que pensar. En tan pocos días, tanta emoción, tantas decisiones, tanta influencia...

A su llegada reinó la efusividad. Las lágrimas eran inevitables, los fuertes abrazos con su familia calmaban toda la confusión interior de nuestro protagonista.

Su adaptación a la nueva situación no fue tan difícil como él esperaba. Sus compañeros le acogieron como uno más, su trabajo era el de siempre, pero en otro lugar y con otra inspiración. No pasaron muchas semanas hasta que se sintió completamente a gusto además, encontró a alguien que le llamó la atención... Sara. Era ella. Lo supo desde el primer momento que la vio. Incluso él mismo estaba sorprendido de la rapidez en que fluían sus sentimientos, pero tenía el presentimiento de que aquella vez era diferente. Pero parece que nunca, nada puede suceder con normalidad, porque en algún lugar, de un país cercano del mismo continente, una cabeza pensadora valoraba la posibilidad de recuperar lo perdido. A lo que no tuvo valor de enfrentarse en un pasado fuera no muy lejano. Efectivamente, la mente de Elise pensaba en arriesgar y, por una vez en mucho tiempo, tuvo la sensación de que era el momento. Era la situación ideal para aventurarse. Era el momento. Era él.

Dani y Sara eran muy felices. Tanto, que no pensaban dejar que nada ni nadie irrumpiese ese éxtasis y les alejase de la ingenuidad en la que vivían.

Es cierto, que en ocasiones la añoranza llegaba al corazón de Daniel y, el recuerdo de la ciudad de París, siempre le hacía sonreír.

Finalmente Elise se decidió. Volvería para quedarse, volvería para recuperar lo que creía que era suyo hasta el momento. Volvería a por Daniel. Aún conservaba las cartas del banco de los jardines Villemin y encontrarle no fue difícil con la ayuda del remitente. Aunque esa no fue la mayor sorpresa de todas las que sucedieron a lo largo de la jornada... Al llegar a la casa de l'Hospitalet, Elise sintió que el corazón le daba un vuelco pero con la poca determinación que le quedaba, armó el valor suficiente para llamar al timbre.

Cuando una chica de melena morena y bonitos ojos verdes, la atendió con una radiante sonrisa, ella se decepcionó. Preguntó por Daniel; Daniel Gutiérrez Latorre para ser más exactos. De manera muy amable Sara le condujo hasta él y se ausentó del hogar para dejarlos a solas. Pues la última de sus intenciones era producir inquietud en la invitada.

La única esperanza de Elise era que fuese su hermana, su prima, o cualquier familiar por muy lejano que fuese pero, el beso de despedida los delató. Inmediatamente quiso retornar a Francia, donde ella encuentra su fortaleza emocional.

Él insistió en que se quedase, para hablar, para explicar... Pero Elise se negó y, con lágrimas en los ojos dijo adiós. Daniel interrumpió su despedida con un beso de película y así quedó sellada toda la fascinante historia que vivieron juntos. Elise tomó con rapidez otro taxi que desaparecería en la lejanía, como en su primer encuentro. Y, Daniel, volvió a su vida más cotidiana con el fascinante recuerdo de París, la ciudad que todos conocen como la del amor, Elise la recordará como la del desamor.